

Históricas Digital

José Fernando Ramírez

“Carta de Joaquín García Icazbalceta a José Fernando Ramírez (22 de enero de 1850)”

p. 311-322

José Fernando Ramírez

Obras históricas V. Poliantea

Ernesto de la Torre Villar (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de humanidades

Instituto de Investigaciones Históricas

2003

470 p.

Figuras

(Colección Nueva Biblioteca Mexicana 148)

ISBN 968-36-7805-X (obra completa)

ISBN 970-32-0677-8 (tomo V rústica)

ISBN 970-32-0684-0 (tomo V empastado)

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/416/obras_historicas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CARTA DE JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA
A JOSÉ FERNANDO RAMÍREZ
(22 DE ENERO DE 1850)



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



NOTA INTRODUCTORIA

La correspondencia epistolar entre los eruditos mexicanos no es extremadamente abundante. Contamos con ejemplos singulares reveladores de los lazos de amistad, de la comunidad de intereses, de la necesidad de obtener información, de intercambiar opiniones o de opinar en torno de casos individuales. Entre los bibliógrafos esa correspondencia es escasa. Los nombres de don Joaquín García Icazbalceta y Nicolás León constituyen la excepción y sus epistolarios proporcionan riquísima información en el campo de la bibliografía.

García Icazbalceta, quien desde muy temprana edad mostraba gran inclinación intelectual, al llegar a los veinticinco años, pues había nacido en 1825, ya revelaba su amplia erudición, su recio saber, su entrega a la historia mexicana y parte del programa de trabajo que se había impuesto a realizar.

La carta que comentamos dirigida a don José Fernando Ramírez, quien le aventajaba en 21 años, representa la confesión que un joven hace a un hombre maduro, más adelantado en el trabajo intelectual, histórico y bibliográfico y quien además gozaba de recia reputación en esas disciplinas. Esta carta inició larga y provechosa amistad con Ramírez.

García Icazbalceta indica a José Fernando le escriba a instancias del bibliófilo José María Andrade y lo hacía sobre todo por establecer una relación que mucho deseaba. Aprovecha para ello el que Andrade le había transmitido carta dirigida a don Isidro Gondra, la cual él responderá, para así entrar de lleno a una relación académica. El tema se abre con explicaciones relativas a la preciosa colección de lord Kingsborough, la cual maravilló a nuestros sabios historiadores. La riqueza de texto reunida y publicada por el británico, provocó la admiración de los mexicanos, quienes advirtieron sus bondades, pero también la ausencia de piezas fundamentales y algunos errores muy explicables en la obra compilatoria.

La carta a Gondra que ya consta con su comentario en el primer volumen de esta serie, en buena parte representa la idea historiográfica de Ramírez y justifica sus anhelos compilatorios. La carta de Icazbalceta a Ramírez significa o contiene la confesión de aquél de su dedicación a la historia mexicana, y también, su amplia concepción historiográfica.

Icazbalceta en el inicio de su carta, confiesa haber deseado la amistad epistolar con Ramírez, escribe: “Mas aunque yo conocía bien que esta correspondencia me sería, sobre muy honrosa, muy útil, no me pareció que debía perturbar a usted ni distraerle de sus ocupaciones, obligándole, aunque sólo fuese por cortesía, a sostener una correspondencia de que podrá usted sacar muy poca utilidad, si acaso le resulta alguna”. Más adelante, y dándola por aceptada, confiesa a Ramírez el inicio y sentido de vocación, y así abriéndose de capa le indica:

Hace ya algunos años que comencé a mirar con interés todo lo que tocaba a nuestra historia, antigua o moderna, y a recoger todos los documentos relativos a ella que podía haber a las manos, fuesen impresos o manuscritos. El transcurso del tiempo en vez de disminuirla fue aumentando esta afición que ha llegado a ser en mí, casi una manía. Mas como estoy persuadido de que la mayor desgracia que puede sucederle a un hombre es errar su vocación, procuré acertar con la mía y hallé que no era la de escribir nada nuevo, sino acopiar materiales para que otros lo hicieran; es decir, allanar el camino para que marche con más rapidez y con menos estorbos el ingenio a quien está reservada la gloria de escribir la historia de nuestro país. Humilde como es mi destino de peón me conformo con él y no aspiro a más: quiero sí desempeñarlo como corresponde, y para ello sólo cuento con tres ventajas: paciencia, perseverancia y juventud.

La amistad iniciada con esta carta no se terminaría nunca. El joven García Icazbalceta admiró siempre a Ramírez, apreció su labor histórica, le siguió en varias empresas, entre otras la constitución de la Academia Imperial de Ciencias y Artes, en la cual fueron colegas. García Icazbalceta por carácter, ideas, y posición, no se afilió a grupo político que tragara sus intereses y ocupaciones. La política no le prendió en sus garras. Supo mantener relaciones con miembros de uno y otro bando, siempre en el campo académico, pero no quiso descender al palenque político, a la arena de lo contencioso. Mantuvo sana y firme imparcialidad; fue tolerante con las ideas de sus amigos y supo conservarse siempre lejos de las reyertas ideológicas que afligieron al país, a lo largo del angustioso siglo XIX.

Ramírez por el contrario, dada su preparación y su interés por la “república”, por la política que la determina, ingresó totalmente en ella y sacrificó su vocación académica en aras de la política. Fue un *zoon politikón*, como lo han sido otros ilustres mexicanos.

Poco tiempo después de haber redactado esa carta, habiendo ya iniciado la empresa de publicar su preciosa colección de *Documentos para la historia de México*, Icazbalceta pediría a Ramírez se ocupara de la preparación del volumen dedicado a Motolinía, escribiendo el prólo-

go que se iba a convertir en esa biografía paralela entre el franciscano Benavente y el dominico Las Casas. Más tarde, ambos sabios intercambiarían información bibliográfica que utilizarían en diversas empresas. Entregado Ramírez en forma absorbente a la política, su propio proyecto historiográfico no pudo igualar el que con precisa inteligencia, asiduidad y firme perseverancia realizaría en parte don Joaquín. Éste tampoco pudo concluir el suyo, que trató de continuar su hijo García Pimentel. En otras condiciones y con otros presupuestos, un hombre perteneciente a otra generación, Francisco del Paso y Troncoso, intentó recopilar material histórico existente en el Viejo Mundo, con el fin de que “pudiera ser utilizado por un ingenio a quien esté reservada la gloria de escribir la historia de nuestro país”. Tampoco don Francisco logró constituir por completo su colección, ni menos emprender la redacción totalizadora de la historia mexicana.

Otros puntos de interés encierra esta primera carta de Joaquín García Icazbalceta a José Fernando Ramírez. Veámoslos: en primer término se advierte el conocimiento y manejo de las fuentes históricas: Oviedo, Ramusio, etc. de Icazbalceta. De la utilización que de algunas de ellas hacía el señor Prescott. Conociendo la relación que entre Prescott y Ramírez existía, le pide a éste le sirva de intermediario. Confiesa a Ramírez que igual servicio había pedido a don Lucas Alamán y que Prescott con la notable ilustración y finura que le caracterizaba le había facilitado copias de diversas obras. Aconseja a Ramírez publique sus estudios no en una simple gaceta cuya estabilidad es dudosa, sino en un editor más estable. Solicita informes acerca de librerías londinenses respetables para poder adquirir la obra del lord inglés y le confiesa su interés en mantener sana y puntual correspondencia. Tal es el mérito de esta carta, primera, cruzada entre dos cultores de la historia mexicana.

La transcripción de la carta la hacemos fiados en la edición de la misma hecha por la Antigua Librería de Robredo de José Porrúa e hijos en 1936.

E.T.V.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



CARTA DE JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA
A DON JOSÉ F. RAMÍREZ

México, enero 22 de 1850

Señor don José Fernando Ramírez

Durango

Muy señor mío y de mi aprecio:

Desde que tuve la fortuna de encontrar en esta capital la interpretación del *Código borgiano* escrita por el jesuita Fábrega, cuyo hallazgo comuniqué a usted por medio del amigo don José María Andrade, no ha cesado este señor de instarme para que escribiese a usted directamente, creyendo que de ello podría resultar algún bien a nuestra historia, por la que tanto se interesa. Mas aunque yo conocía bien que esta correspondencia me sería, sobre muy honrosa, muy útil, no me pareció que debía perturbar a usted ni distraerle de sus ocupaciones, obligándole, aunque sólo fuese por cortesía, a sostener una correspondencia de que podrá usted sacar muy poca utilidad, si acaso le resulta alguna.

Por estas razones me mantuve firme en mi negativa, pero él también se mantuvo firme en su empeño, y ahora, con motivo de la interesante carta que usted le acompaña para que la entregue al señor Gondra, y que me enseñó inmediatamente, ha redoblado sus instancias hasta el extremo de haberme obligado a prometerle que haré cuanto quiera él; aunque a la verdad no le costó mucho trabajo convencerme tratándose de una cosa tan deseada y tan grata para mí como es el entrar en relaciones con usted. Me ha mandado, pues, no sólo que escriba a usted, sino que conteste yo al mismo tiempo la carta dirigida al señor Gondra, como si viniese para mí. Ya ve usted que el empeño es algo extraño; pero si usted lo califica de tal, culpe a los deseos del señor Andrade, que para mí son preceptos, y no a mí que no hago más que obedecer sus órdenes.

Mas antes de dar principios a nuestra correspondencia (si es que usted tiene la bondad de continuarla) me parece conveniente darle a conocer, aunque sea en parte, las ideas de la persona con quien va usted a tratar. Hace ya algunos años que comencé a mirar con interés todo lo que

tocaba a nuestra historia, antigua o moderna, y a recoger todos los documentos relativos a ella que podía haber a las manos, fuesen impresos o manuscritos. El transcurso del tiempo fue aumentando esta afición que ha llegado a ser en mí casi una manía. Mas como estoy persuadido de que la mayor desgracia que puede sucederle a un hombre es errar su vocación, procuré acertar con la mía, y hallé que no era la de escribir nada nuevo, sino acopiar materiales para que otros lo hicieran; es decir, allanar el camino para que marche con más rapidez y con menos estorbos el ingenio a quien esté reservada la gloria de escribir la historia de nuestro país. Humilde como es mi destino de peón, me conformo con él y no aspiro a más: quiero sí, desempeñarlo como corresponde, y para ello sólo cuento con tres ventajas: paciencia, perseverancia y juventud.

Hecha esta sencilla profesión de fe, tomo el lugar del señor Gondra, y entro a contestar la larga y preciosa carta que usted le dirige con fecha 1 del actual.

La primera duda que me ocurrió al ver que el ejemplar de la obra de Kingsborough que había usted recibido tenía dos tomos más que el del museo, fue acerca de quién habrá hecho imprimir estos dos volúmenes después de la muerte del lord, porque la fecha de 1848 no deja duda de que no se imprimieron durante su vida. ¿No ha encontrado usted alguna indicación sobre esto al principio del tomo octavo? El largo suplemento de notas del lord con que comienza dicho tomo octavo, primero de los posteriormente añadidos, indica al parecer que los dejó preparados para la prensa. Lo extraño es que haya transcurrido tanto tiempo entre la publicación de los siete primeros volúmenes y la de los dos últimos, lo que hacía que ya nadie esperara que la obra pasase de los siete tomos, aunque desde el principio se había anunciado que constaría de nueve. De todas maneras debemos celebrar mucho la conclusión de una obra tan magnífica, y que tanto contribuirá a dar a conocer nuestra historia, así en los países extranjeros, como entre nosotros mismos, siempre que haya quien sepa aprovecharse de estos materiales: porque según la minuciosa descripción que usted hace de los citados volúmenes, no puede aplicárseles otra calificación.

Respecto a la grande obra de Oviedo, de que sólo insertó el lord algunos extractos, acaso pronto la tendré en mi poder completa, conforme explicaré a usted más adelante. Por ahora sólo quiero rectificar una ligera inexactitud que encuentro en la carta de usted, y no lo hago sino para apuntar a usted al mismo tiempo una noticia. Los libros impresos de Oviedo no son 19 sino 20; porque además de los 19 primeros y de *Los infortunios y naufragios*, comprendidos en el primer volumen (de que tengo un ejemplar muy bien conservado, edición de 1535), se publicó el 20º por separado en Valladolid, año de 1557. Es un volumen muy delga-

do, o más bien cuaderno, en folio, caracteres góticos, en dos columnas, y al fin tiene una nota que avisa haberse suspendido la impresión de la 2ª parte por haber muerto el autor. He visto este libro tan raro en la librería del colegio de San Ildefonso, encuadernado en un mismo volumen con la primera parte del mismo Oviedo (2ª edición de 1547), y la *Conquista del Perú* por Francisco de Jerez (Salamanca, 1547). A propósito de San Ildefonso: en la misma librería he hallado el único ejemplar que hasta ahora he visto en México de la preciosa colección de Ramusio: de ella pienso sacar *El conquistador anónimo*, y publicarlo traducido al castellano en algún periódico literario de esta capital. Si usted tuviese la bondad de darme algunas noticias sobre esta relación y sobre su desconocido autor, me serían de suma utilidad.

Dije a usted arriba que acaso tendría pronto en mi poder una copia de la historia de Oviedo, y voy a explicar a usted de qué manera. Desde que comencé mi acopio de documentos vi que convenía ante todas cosas procurarse copias de los manuscritos que no se hallasen en ésta, y con tal fin era preciso pedir las, o a las librerías de Madrid, o los particulares que las poseyeran. El primer arbitrio ofrecía graves dificultades, como sucede siempre que se trata de cuerpos colegiados y establecimientos públicos, por lo que me pareció preferible el 2º, fijándome desde luego en la preciosa colección del señor Prescott. Pero me faltaba buscar un medio de entrar en relaciones con este señor para lograr que me franqueara copias de sus manuscritos.

Muchos meses estuve discurriendo sobre este asunto sin hallar un camino que me llevase al fin deseado. Sucedió luego que llegara a mi poder un ejemplar de la *Conquista del Perú*, última obra de aquel escritor, y al punto me ocurrió la idea de traducirla y publicarla. Parecióme que de esta manera, cuando estuviese concluida la obra, podría yo regalar un ejemplar a su autor, lo que me serviría para comenzar mis relaciones con él, y una vez comenzadas confiaba yo en que el tiempo las iría estrechando hasta llegar a un estado en que mi petición no fuese inoportuna. Puse al punto en ejecución mi proyecto, y ahí tiene usted cómo mi celo por la historia del país me hacía emprender un penoso trabajo que parecía no tener ninguna relación con ella.

Al cabo de dieciséis meses he concluido mi trabajo, y tengo ya impresa la mayor parte de la obra faltándome tan sólo publicar un apéndice que formé para que le sirviese como de continuación. En todo el mes de febrero próximo quedará concluida, y entonces tendré el gusto de enviar a usted un ejemplar.

Todo este trabajo fue, sin embargo, inútil, por decirlo así, pues aun me faltaba mucho para acabarlo, cuando contraí amistad con el señor don Lucas Alamán, quien desde entonces me ha dado las mayores mues-

tras de aprecio, por lo que le estoy muy reconocido. Animado yo al ver la confianza que me dispensaba y deseo de ganar tiempo, le pregunté un día, si tendría inconveniente en escribir al señor Prescott suplicándole que nos franqueara copias de sus manuscritos. Me contestó que no tenía ninguno, y que iba a escribirle inmediatamente, como lo hizo. La respuesta del señor Prescott fue cual podía aguardarse de su ilustración y finura, pues contestó que todos sus manuscritos estaban a nuestra disposición, y que no había más que indicarle cuáles eran los que se habían de copiar. El señor Alamán me pasó la contestación original para que yo pidiera lo que quisiese, y después de pensarlo bien pedí por ahora: 1º Los 30 libros inéditos de Oviedo, 2º La obra del padre Motolinía, 3º La *Historia de Tlaxcala* por Muñoz Camargo. Aún no hemos recibido contestación a esta carta que fue dirigida con fecha 5 de noviembre del año pasado; pero no puede haber duda de que el señor Prescott cumplirá su oferta y de que al fin vendrán las copias a mi poder. Si así se verifica, desde ahora las pongo a la disposición de usted.

He hecho esta larga relación, que tal vez cansará a usted, no sólo para informarle de una cosa que estoy seguro ha de causarle placer, sino también para pedirle que me ayude con sus consejos acerca de las copias que deberán pedirse con preferencia al señor Prescott, aunque confío que la elección que hice para principio merecerá la aprobación de usted.

Si las copias mencionadas arriba llegasen a venir tendremos ya por completo la grande obra de Oviedo, pues aunque Brunet en su *Manual del librero* (art. Oviedo), dice que se han extraviado los libros 21 a 28, el señor Prescott no hace mención de esta pérdida, antes bien dice expresamente “que una copia completa de ella se guarda en los Archivos de la Academia de la Historia”. Y como poco más arriba dice “que se sacaron algunas copias truncas para librerías particulares”, podemos suponer que una de éstas sería la que vio Brunet. Pero por otro lado, en la “Lista de los manuscritos que recogió don Juan Bautista Muñoz en sus viajes, y se entregaron en su muerte a su Serenísima Majestad”, que trae Fuster en su *Biblioteca valenciana* (art. “Muñoz”) sólo hallo pertenecientes a la historia de Oviedo tres tomos en folio, que comprenden: el 1º adiciones y enmiendas a los 19 primeros libros; el 2º los libros 29 a 32, y el 3º los libros 33 a 38. Faltan por consiguiente los libros 21 a 28 como dice Brunet, y además del 39 al 50.

Sea de esto lo que fuere, pronto hemos de salir de la duda, y usted también podrá salir entonces de la incertidumbre en que se encuentra acerca del autor del escrito anónimo comprendido en el tomo 9º de la colección de lord Kingsborough, y que usted con muy buenos fundamentos atribuye al padre Motolinía. Aun cuando la copia que aguardo del señor Prescott, no comprenda los tres tratados, incluso el *De moribus*

indorum, a lo menos sabremos si los que usted tiene a la vista son del padre Motolinía y habrá otro texto más para la confrontación.

En todo lo que usted dice acerca del padre Acosta, no puedo opinar de otra manera, y en cuanto a la enumeración que hace el doctor Beristáin de aquel escritor, sólo apuntaré dos ligeras observaciones. La 1ª que no puede haber duda de que la *Historia natural y moral* se imprimió por primera vez en Sevilla el año de 1590, cuya edición tengo. La 2ª que no encuentro ninguna irregularidad en la colocación de los opúsculos *De natura novi orbis* y *De procuranda indorum salute*, por más que el primero tenga la fecha de 1559 y el segundo la de 1558. Usted sabe que lo último que se imprime comúnmente de una obra es el frontispicio, y así nada extraño es que la impresión de ambos opúsculos ocupara todo el año de 1558, y que cuando se concluyó hubiese entrado ya el de 1559, por cuya razón se puso esta fecha en la carátula. Igual cosa se observa en la primera parte de *Los comentarios reales* del Inca, cuya primera edición tiene en el frontis la fecha de 1609, al mismo tiempo que en la última foja presenta la de 1608. A lo menos así se ve en el ejemplar que tengo. En cuanto a la fecha que deberá señalarse a la obra en los catálogos y bibliotecas, me parece que deberá ser la que aparezca en el frontis.

La existencia de la obra del padre Durán me era desconocida, gracias a que mi corresponsal de Londres no se ha acordado de enviarme el catálogo de O'Rich que hace más de cuatro meses me avisó que tenía comprado para mí. Es sin duda un precioso hallazgo, así como el del otro historiador Aguilar. Sobre uno y otro sólo diré a usted por ahora, que hace tiempo hago diligencias para procurarme en Madrid un corresponsal activo e inteligente y que espero lograrlo. Sólo ruego a usted me ayude con sus consejos y sus noticias, apuntándome desde luego cuantas tenga sobre los nuevos historiadores Durán y Aguilar porque me basta la más ligera indicación de la existencia de una obra de esta especie para que me ponga yo en campaña, tras ella. Ese nuevo historiador Aguilar ¿Será acaso el conquistador anónimo?

Con las ideas que he manifestado a usted ya podrá considerar el placer que me causaría ver reformada la biblioteca del doctor Beristáin en los términos que usted propone. Tengo entendido que nuestro don José María Andrade tiene sus proyectos sobre este asunto, y puedo asegurar a usted que si mis fuerzas igualaran a mis deseos, yo sería el primero que contribuyese a su realización. El *Boletín de Estadística* no me parece el mejor conducto para la publicación de los trabajos que usted se propone emprender para corregir al doctor, pues su estabilidad no está a mi juicio tan bien asegurada como usted cree. Cumplido trata de establecer una revista o periódico mensual de literatura, que por su extensión podrá admitir artículos largos, a diferencia de los periódicos



semanarios hasta ahora publicados que por la estrechez de sus páginas sólo pueden dar cabida a anécdotas o artículos insustanciales. Éste sería a lo que entiendo muy buen conducto para la publicación de los artículos que usted se propone escribir, y lo mismo opina el señor Andrade. Si usted quiere fiarme el encargo de su impresión, cuidaré de que se haga con toda exactitud y corrección. Esta clase de servicios son los únicos con que puedo contribuir a la realización de este proyecto, y en esta esfera no huiré el cuerpo a ninguna tarea, por larga y penosa que fuere.

Demasiada extensión he dado ya a esta carta, que como de introducción debiera ser muy ligera; pero me pareció que no debíamos perder dos o tres correos (es decir, dos o tres meses), en cumplimiento inútiles, y de la misma opinión fue el señor Andrade. Réstame tan sólo hacer a usted una pregunta. Desearía saber de qué manera consiguió usted en Londres su Kingsborough, si en venta pública de alguna librería particular, o en casa de algún librero, sirviéndose en este caso indicarme quién fue éste, así como la persona que lo compró para usted, y el costo que tuvieron en Londres los nuevos volúmenes.

Ésta va por conducto del señor Andrade, a cuyo empeño debo el honor y la satisfacción de dirigir a usted mis letras. Desde este momento puede usted contar con que tendrá el mayor placer en obsequiar sus órdenes éste,

su atento seguro servidor quien besa su mano.